



Lit. de J. Donon. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

MORAIMA.

## MORAIMA.

Tórtola blanca de azulados ojos,  
 perla robada del peñon de Loja;  
 flor de la Alhambra de su bosque ameno  
 cándida corza:  
 bella sultana, creacion aérea  
 de mi alma triste que en los aires mora  
 ¿dónde me ocultas tus celestes ojos  
 garza paloma?

.....  
 Duermes y no vayas al salon sombrío,  
 donde Aixa escucha de Kaleb á solas  
 las de tu padre y de tu esposo aciagas  
 negras historias,  
 duermes y no vayas á Kaleb no escuches,  
 hija sin padre, sin esposo esposa;  
 su voz aterra, su relato eriza:  
 duermes, no le oigas.

(ZORRILLA. Poema oriental de Granada.)

La triste figura de Moraima se presenta en las últimas páginas de la historia de los árabes, contrastando con la altiva y severa de Aixa, la inflexible esposa de Muley, la muger varonil en cuyo pecho nunca encontró cabida el temor. Moraima por el contrario habia nacido solamente, como nacen las flores, para embalsamar la vida del hombre con el perfume de su amor. Toda pasion, toda ternura, tuvo siempre en menos el brillo de la corona, que el amor de su esposo, á quien amaba con toda la efusion de su alma de niña. Hija del bravo Aliatar, aquel alcaide de Loja, cuya figura se destaca noblemente en el fondo de intrigas y de rencillas que forman el tristisimo cuadro de



los últimos tiempos de Granada, cautivó el corazón de Boabdil y en breve fué su esposa, habiendo tenido que engalanarse con joyas y vestidos prestados el día de sus bodas, porque Aliatar en su patriotismo, y á pesar de las rentas que le producía su señorío de Zagra, vivía siempre pobre, aplicando todos sus caudales al sostenimiento de un ejército completamente suyo, al frente del cual sembraba el terror en las comarcas cristianas.

Blanca de color, con esa palidez mate de que todavía se conservan hermosos recuerdos en las hijas de Granada; reflejándose en el color de sus ojos el azul del cielo; rubio el cabello, con ese indefinible color que tanto dista del rojo como del rubio casi incoloro, cabello blando de hebras de seda bañado en rayos de luz; y de cuerpo tan gentil como la palmera de los valles del Hegiat, era Moraima la verdadera encarnación del sueño de un poeta, pero no de un poeta oriental que solo encuentra en sus delirios mugeres de tentadora hermosura, sino el sueño de un poeta del Norte, sueño ideal, aéreo, vagoroso; muger de aquellas á las que no se quisiera ni aun dar este nombre porque no basta para determinarlas; era Moraima en fin de esos seres que parecen enviados á la tierra para demostrar al hombre, que vive solo en el mundo de la materia, el «mas allá» impalpable é infinito, del mundo del espiritualismo y del sentimiento.

Muger de tales condiciones ¿cómo había de tomar parte en las ambiciosas luchas á que se lanzaba Boabdil, impulsado por Aixa? Para ella, el mundo estaba limitado al amor de su esposo y de sus hijos, y así era que siempre que Boabdil partía para la guerra, solo sabía llorar recibíendole palpitante de emoción cuando regresaba, no porque volviese triunfante, sino porque volvía.

Tristísimo presentimiento oprimió el corazón de Moraima al salir Boabdil de Granada para la fatal expedición de Lucena. Bañada en lágrimas, en vano quiso ocultarlas y disimular sus recelos al ver partir al escogido de su corazón; y cuando separado de sus brazos bruscamente por Aixa, Boabdil salió del alcázar al frente de sus bravos escuadrones contemplándole la sensible mora desde el *mira-*

*dor de las sultanas*, é inmóvil como la estatua del dolor, no apartó su vista del ejército, que se extendía por la vega, hasta que desapareció lentamente, oculta por las brumas de los lejanos horizontes la apuesta figura de Boabdil, cuya cimera sobresalía hermosa y gallarda entre todas las de los caballeros granadinos.

Los siniestros augurios de Moraima viéronse por desdicha cumplidos: en la batalla de Lucena perdió á su padre y quedó prisionero su esposo; y si mas adelante consigue éste recobrar su libertad, es á costa de la de su hijo, que tiene que quedar en rehenes, arrancado del tierno regazo de la sensible sultana.

Desde entonces la vida de Moraima fué una serie no interrumpida de tormentos. Ella, nacida para los tranquilos placeres de una vida ignorada y feliz, veíase impulsada por los opuestos torbellinos que arrastraban á su esposo, ya en las luchas civiles, ya en la exterior con los cristianos; y en aquella larga serie de sufrimientos solo hubo un día feliz para la madre, que fué el mas desgraciado para la Reina. El día de la entrega de Granada, al abandonar para siempre su ciudad, recibía Moraima de manos de Doña Isabel á su inocente hijo. ¿Qué dicha mas grande para una madre que como la triste Moraima solo tenía corazón para amar?

Retirada despues con su esposo en Andarax, gozó acaso la triste hija de Aliatar los mas tranquilos instantes de su vida, y así fué que cuando por intrigas del traidor Aben-Comixa, tuvo que trasladarse Boabdil á Africa, la dulce y tierna Moraima, no pudiendo sufrir tantos pesares, aquejada de abatimiento y de tristeza, reclinó su frente en el pecho de su esposo, y durmióse tranquila con el último sueño de las almas buenas.

Tan triste y breve fué la historia de Moraima; nacida solo para sentir y amar, murió víctima de su mismo sentimiento. Jamás baja pasión alteró su pecho: una vez sola al ver preso en el castillo de Lucena á Boabdil, creyó que infiel la olvidaba en brazos de otra rival, y aun entonces su pena solo se manifestó por algun momento de delirio, durante el cual, vagando por los perfumados jardines de la Alhambra,



creyó ver en la cristalina superficie del agua, que reflejaba su hermosa imagen, la figura de su rival. Pero aquella sospecha pasó con el delirio del sueño, de tal suerte, que ni aun siquiera procuró indagar si era cierta, abstraída solo en la idea de abrazar de nuevo al hombre de sus amores.

Los que busqueis solo la celebridad en esos hechos que conmueven profundamente el corazón por lo extraordinarios, pasad, y apenas os fijeis en la breve historia de Moraima; pero los que ameís esa desconocida música que escribe con melancólicas notas el sentimiento, deteneos al escuchar su nombre, y consagrad, si sois poetas, una de vuestras sentidas inspiraciones á su recuerdo; si sois artistas, uno de vuestros mas espirituales cuadros á su ideal hermosura; si sois desgraciados, una lágrima á su memoria.

« Tórtola triste que en el sauce umbrío  
tu amor perdido solitaria lloras :  
ráfaga helada que en el ciprés gimiendo  
lúgubre azotas :  
son temeroso con que el mar airado  
fiero amedrenta la desierta costa ;  
eco del viento que las huecas ruinas  
cóncavo asordas ;  
dadme de vuestros funerales ruidos  
las mas siniestras y dolientes notas  
para que en torno de la Alhambra eleve  
fúnebre trova <sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> Zorrilla. Poema citado.